

Reseñas

Luis de la Rosa Oteiza, *Obras. Periodismo y obra literaria*, recopilación, prólogo, introducción y notas Laura Beatriz Suárez de la Torre, Instituto Mora/UNAM, México, 1996, 481 pp.

Con la publicación del primer tomo de las *Obras* de Luis de la Rosa, dedicado al periodismo y a su obra literaria, Laura Suárez nos ofrece un primer acercamiento a este hombre público de la primera mitad del siglo XIX. A este primer volumen le seguirán otros tres, dedicados a sus escritos de índole política, a los de administración pública y a los de política exterior, sin contar la biografía que Laura Suárez está elaborando y que aparecerá también en fecha próxima. Cuando todos estos trabajos estén a disposición del lector, tendremos un mejor conocimiento de De la Rosa.

Pero, ¿por qué es importante conocer a Luis de la Rosa, de quien casi nadie sabe nada, como Laura Suárez lo indica en su presentación, al señalar que desde hace años se repiten las mismas señas y datos? La respuesta que se tendrá a esta pregunta puede ser diferente, según lo que uno busque entender y conocer de este personaje. Para mí, De la Rosa

representa una época, ya que ejemplifica a una generación de hombres públicos, más o menos brillantes, que dirigieron los destinos de nuestro país en sus primeros años de vida independiente. De la Rosa, pese a contar apenas con veintitún años, perteneció al estrecho grupo de aguerridos políticos del estado de Zacatecas, que durante la primera república federal tuvo un papel importante en el derrotero político de este estado. Si presentamos a De la Rosa como prototipo de su generación, por supuesto de un determinado grupo social y de una determinada corriente política, le daríamos como principal característica su fe federalista, puesto que la vivió como un credo. Es en este punto donde se hermana con tantos jóvenes políticos que afloraron en la joven república mexicana.

Los escritos de este tomo no tratan este primer periodo de la vida pública de De la Rosa, ya que este volumen agrupa su obra periodística y su obra literaria, en donde se integraron temas muy diversos, que yo calificaría de "cultura general" y "vivencias de la naturaleza". La mayoría de ellos tienen un fondo romántico, bucólico, hasta me-

lancólico; algunos pueden ser calificados de científicos. Salvo el texto que inicia el volumen, que es de 1829, todos los demás son más tardíos: tres de 1837, los siguientes son de 1840, muchos son de 1843, y así se siguen hasta el último, que es de 1852.

Tengo que decir que al iniciar la lectura de este tomo me sentí en un primer momento decepcionada, ya que yo iba en busca del joven político comprometido de los años treinta y me encontré con un hombre reposado, reflexivo, solitario y, por qué no decirlo, decepcionado, lo cual no es extraño si consideramos el golpe que recibieron los partidarios del sistema federal al perder en 1835 la batalla. Sobre todo, el grupo de los zacatecanos, que fue el mejor armado, ideológica y militarmente, para defender sus principios políticos. El grado de decepción vivido por Luis de la Rosa se puede percibir en estos párrafos:

hay circunstancias en las que la imaginación no presenta al espíritu, sino ideas tristes y dolorosos pensamientos, y otras durante las que se agota en nuestra alma la fuente del pensamiento y se extingue en ella toda inspiración, haciéndose entonces para el hombre insoportable el peso de la vida[...] (p. 77).

Es necesario haber vivido en la soledad, entregado uno solamente a sus pensamientos; no hallar quien simpatice con sus opiniones; no encontrar siquiera analogía entre las ideas que a uno lo dominan y las que ocupan a otros; y lo que es peor todavía, no hallar ideas entre aquellos con quienes ha querido asociarnos la Providencia; es preciso haber soportado una tan violenta y triste situación para conocer todo el valor de un libro[...] (p. 76).

Podríamos seguir entresacando esos jirones de tristeza que a lo largo de ese tomo aparecen. Incluyo uno más para señalar hasta dónde llegan las penas de De la Rosa cuando en 1842 dice: "Muchos años han transcurrido ya desde entonces (se refiere a su niñez), y en todos ellos no he tenido ciertamente un solo día que pudiera señalar como verdaderamente feliz."

Grande tuvo que haber sido su sufrimiento; pero ¿hasta qué punto su tristeza es una construcción literaria? Tiene como ejemplos a Rousseau, a Chateaubriand y Saint Pierre, de quienes dice: "escribieron en la soledad esas obras que los han hecho inmortales, esas obras en las que se respira el aire de la soledad y la melancolía de los desiertos" (p. 65).

Por supuesto que este tomo contiene muchos otros testimonios interesantes. Me atrajeron especialmente sus descripciones y observaciones campiranas. Los recuerdos de su tierra, del cielo zacatecano, de las grullas, del pescador azul. También aparecen algunas ideas de carácter social:

la división y la subdivisión de la propiedad territorial hará que se establezcan haciendas o rancherías en terrenos que actualmente no sirven ni de bosque, sino sólo de prados de muy escasos pastos[...] (p. 308).

Como hijo de minero-hacendado tiene una cultura de agricultor que le permite plantearse problemas técnicos:

Yo no entiendo qué especie de pre-ocupación contra los abonos domina en México a los agricultores, cuando se trata de cultivo de cereales y de toda

siembra de granos. Ellos abonan sus viñedos, sus huertas y jardines, abonan también las tierras que destinan al cultivo del chile o pimiento, al de la haba y de otras legumbres; pero luego que se trata de un cultivo de grande extensión, como el del maíz y el trigo, ya no creen en la eficacia de los abonos[...].

Como se ve, el contenido de la obra es variado y para muchos gustos. No obstante, refleja tan sólo una parcela de los intereses de Luis de la Rosa, que ya delinea el perfil de un hombre público de la primera mitad del siglo XIX. Cuando dispongamos de los tomos que faltan, podremos confrontar si la opinión que nos formamos a través de la lectura de estos textos se sigue manteniendo, o habrá que cambiarla o matizarla. Pero, por ahora, ya tenemos un primer punto de referencia.

Beatriz Rojas
INSTITUTO MORA

Fernando Calderón y Mario R. Dos Santos, *Sociedades sin atajos: cultura, política y reestructuración económica en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1995.

América Latina se encuentra ante el desafío de inaugurar nuevos rumbos históricos. Estamos frente a un tránsito del capitalismo mundial, donde los criterios de modernización avalan la desestructuración del Estado-nación e incipientemente, la construcción de órganos supranacionales. Bajo este contexto de profundos cambios en la

economía global y del cúmulo de transformaciones estructurales, sociales, económicas, políticas y culturales que experimentan las sociedades latinoamericanas, Fernando Calderón y Mario Dos Santos muestran a través de su libro la imperiosa necesidad, en las proximidades del siglo XXI, de no elegir sendas más cortas o atajos sino recorridos que constituyan los principales caminos y que tiendan hacia una modernidad emancipatoria.

Ambos autores en uno de sus estudios previos¹ que dieron origen a este trabajo, expusieron el agotamiento del patrón estatal como organizador del desarrollo económico, social y político de América Latina, pero en su nuevo libro, *Sociedades sin atajos*, atestiguan, sin duda alguna, el fin del ciclo histórico del Estado-nación y el inicio de un nuevo periodo histórico de carácter incierto, avizorado en gran medida en las profundas transformaciones experimentadas por el Estado y la sociedad latinoamericana a partir de la influencia determinante de los Estados centrales y de los agentes económicos internacionales. Ante la descomposición del tipo de modernización latinoamericana sustentado en el fuerte predominio estatal que definió las relaciones entre Estado, sociedad y economía, la historia de hoy comienza a dibujarse sobre la base de unas relaciones diferentes, donde el comportamiento de una amplia gama de actores sociopolíticos y socioculturales cons-

¹ Véase Fernando Calderón, Mario R. Dos Santos, *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina: veinte tesis sociopolíticas y un corolario*, FCE, Santiago, Chile, 1991.